

EL PELIGRO

COMUNISTA

— Y —

SU INFLUENCIA
EN CHILE

POR

JOHN STAUBER



SANTIAGO DE CHILE

: : 1932 : :

UNIÓN SOCIAL DE CHILE

Asociación contra el Comunismo

Al lector:

Uno de los más distinguidos miembros de la institución, personalidad destacada de la alta industria y poseedor de una profunda cultura entregó a la publicidad, el presente folleto bajo el pseudónimo de JOHN STAUBER.

Este trabajo que presenta la verdad de lo que sucede bajo el yugo del Soviet y expone la influencia comunista en Chile, está dedicado a todos los ciudadanos sin excepción.

Por la forma clara en que está redactado; por su indudable veracidad y acertadas conclusiones estamos seguros de que dejará una buena enseñanza y orientará a muchos criterios extraviados.



El comunismo soviético

El comunismo fué establecido en Rusia cuando este país desangraba y en medio del terrible caos que se produjo después de su derrota en la guerra europea; por un grupo reducido de audaces individuos de raza judía que conocían bien a ese desgraciado pueblo que durante siglos sintió pacientemente, sobre sus espaldas el látigo de la tiranía de los zares.

Sabían con certeza que los rusos habituados a sufrir una tiranía, fácilmente pasarían sin mayor protesta a otro régimen igualmente aprobioso.

En esta forma, ofrecieron al pueblo el programa de una nueva fórmula de sociedad humana, al que debería adaptarse el país y el mundo entero.

Los métodos para lograr este fin han sido, aparte de la más fantástica y falsa propaganda, el mismo látigo y rigor zarista para los tardos en aceptar sus disposiciones y el exterminio de los que se resisten.

Contando con todos estos factores, con la característica docilidad rusa, y también con el bajo estado moral en que se encontraba la nación, pudieron los audaces reformadores implantar sus métodos.

El terror imperante hizo acallar con sangre las protestas y después los ciudadanos han sido privados de toda libertad; siendo considerados sin derecho para ello.

Stalin, el actual jefe omnipotente del comunismo ha dicho que la libertad es una superchería y que el individuo como tal, nada representa y su vida no tiene importancia alguna.

La familia, por ser un núcleo solidarizado ha sido conceptuado como un peligro y para dejar a los hombres completamente desamparados de la ayuda de sus semejantes, se ha dictado un código destinado a disolverla.

Con esto, los hijos desconocen la autoridad paternal y los esposos pasan a la categoría de simples amancebados.

Se ha implantado el trabajo forzado y los hombres y mujeres son llevados en manadas a las más duras faenas donde se les obliga a trabajar día y noche, sin salario y con escasa alimentación.

En las heladas minas de Siberia, en los húmedos bosques, en la estepa desolada, mueren diariamente por millares a causa de las inclemencias del clima, por los malos tratamientos y por el deplorable estado sanitario en que se encuentran.

Todos los ciudadanos del Soviet viven en perpetua inquietud, temiendo siempre una traición y delación o bien, la visita del funcionario comunista que los arrestará para llevarlos a los trabajos forzados o ante un tribunal donde, acusados de contravenciones o delitos imaginarios, se les podrá hacer fusilar sin ni siquiera escucharlos.

No reconociendo la idea de Patria, que en todo país, aún en los más incultos se respeta y venera, el Soviet pretende extender el comunismo o todo el orbe y mantiene un enorme servicio de activos agentes secretos en todos los países. Estos son los agitadores comunistas que trabajan admirablemente organizados y cuentan para sus repudiables fines con fuertes recursos.

En su obra de avasallar a las diferentes naciones el Soviet ha echado mano a todos los recursos vedados e innobles y su norma ha sido fomentar y producir el caos y la ruina

para, de ese modo, y precipitando al pueblo a la miseria y a la desesperación, poder emplearlo como su instrumento y entronizar la tiranía comunista.

Como recurso de este plan tenebroso, el Soviet inició la ofensiva económica tratando de arruinar las fuerzas productoras de los demás países con la competencia de sus artículos vendidos a precios ínfimos, lo que el Soviet pudo hacer por no tener costo de mano de obra merced a los trabajos forzados.

Esta intentona ha fallado totalmente como también han ido fracasando todos los métodos comunistas, incluso el famoso plan quinquenal.

Para salvarse del fracaso completo, el Soviet ha debido abandonar sus determinaciones y adoptar los mismos métodos que antes había combatido.

Pero, todo esto, en medio de un inaudito acrecentamiento del despotismo y el rigor para con sus súbditos.

La realidad del comunismo es en absoluto diferente de lo que aparece en las peroraciones de los agitadores y en la novelesca y falaz propaganda que sus prosélitos difunden en Chile y otros países.

Rusia se ha convertido a fuerza de fallidas experimentaciones que han costado la vida a millares de hombres, mujeres y niños, en un Estado Imperialista administrado con procedimientos tiránicos por un grupo reducido en el que reside toda la autoridad, que gobierna sin control, que tiene en su mano el derecho de vida o muerte sobre su súbditos, al mismo tiempo que acapara y dispone a su antojo de los recursos de la nación.

Los testimonios de numerosos viajeros imparciales que han logrado penetrar la barrera que rodea a los extranjeros que visitan el Soviet para impedirles ver la verdad, constatan la efectividad de lo expuesto. Además la palabra de muchos ex-dirigentes comunistas como Syrtzoff y otros, asegura y comprueba el fracaso del comunismo.

Y si esto no fuera suficiente, tenemos como cosa palpable, la cesación de la invasión de productos soviéticos en los mercados extrajeros y los graves síntomas que se pueden

apreciar, a pesar de los esfuerzos que hace el comunismo para que no trascienda al exterior la debacle del tan discutido sistema.

A pesar de todo, los afiliados al comunismo siguen realizando una activísima difusión de sus ideas y pintan con caracteres maravillosos lo que hoy solo es vergonzosa tiranía, ruina y humillante miseria.

El comunismo en Chile

Instalada la Sede Sud-Americana del Soviet en Montevideo, desde ese punto se han tendido las redes destinadas a envolver a Chile, Brasil, Uruguay, Paraguay, Argentina, Perú y Bolivia que en la organización comunista forman el 7.º Distrito Internacional.

En Chile existe un Comité Central con ramificaciones en todos los puntos más importantes, controlando el trabajo que ejecutan las células que funcionan secretamente y dentro de todos los organismos de la actividad nacional.

Hace pocos meses atrás, y siguiendo las directivas impartidas desde Moscú y Montevideo, se desarrolló una activísima campaña de agitación a fin de aumentar los efectivos comunistas aprovechándose para esto, la situación de miseria y desesperación del pueblo.

Se logró el propósito perseguido y el contingente soviético se vió aumentado por un gran número de nuevos afiliados entre los cuales figuran no sólo los obreros sino que también elementos del profesorado, de los profesionales, de la administración pública y también de las fuerzas armadas.

En esta forma, el Comité Central ha podido invadir con sus células un vasto campo de acción, y la labor comunista se realiza permanentemente por ese medio, en las fábricas, talleres, oficinas, etc., etc.

Los componentes de cada célula obedecen a un Jefe que es el único que tiene contacto con el Comité Central, del que recibe instrucciones.

Las investigaciones que, al respecto, se han practicado demuestran de manera evidente que en toda agrupación de individuos, existe por lo menos una célula comunista.

A estos grupos les ha cabido siempre una importante actuación en todos los movimientos internos de la entidad o establecimiento donde actúan, como también han sido los propulsores de toda agitación que ha llevado a obreros, empleados, etc., a los tumultos y asoradas callejeras.

Hoy, y raíz de la formación de los Sindicatos de obreros y de empleados, las cédulas despliegan una inusitada labor a fin de apoderarse de los puestos directivos de esos sindicatos y desde ahí poder realizar a mansalva y protegidos por las leyes del Trabajo, su acción demoledora.

En Chile, tanto de parte de los chilenos como de los extranjeros avecindados, se mantiene una funesta indiferencia y salvo honrosas excepciones de personas que estudian la cuestión y la comprenden, la mayoría piensa que el peligro soviético sólo es una alarma.

Para convencerse ellos quisieran ver en sus oficinas o en sus industrias o en las plazas públicas al comunista haciendo uso de la palabra en ardorosa peroración o repartiendo miles de proclamas o folletos incendiarios. Pero nó, la organización roja está muy hábilmente fraguada y la célula jamás hace propaganda desembozada sino que su misión es fomentar el descontento y aprovechar cualquiera oportunidad para el desorden, ahondando así el odio de clases.

Los afiliados al Soviet eligen entre sus compañeros de trabajo a los más fáciles de influenciar y esperan el momento propicio para hacerle directa y secretamente sus proposiciones.

Operando así, es como poco a poco han logrado efectuar los agitadores, una vigorosa penetración en las masas trabajadoras, tanto entre los obreros como en la clase media, ambas hoy, desorientadas y deprimidas.

Siguiendo sus normas de provocar el desorden y el descontento, los comunistas siempre han tomado parte muy principal en todas las asonadas y movimientos violentos y de carácter político, ocurridos desde un tiempo a esta parte.

Donde quiera que se trate de ir contra un poder constituido, ahí estarán los comunistas figurando en la fila avanzada, y si se logra mediante la caída de uno, levantar a otro; mañana también formarán los comunistas entre los que van en contra del poder que antes ayudaron a levantarse.

Para su mejor intromisión dentro de la vida de los países, el comunismo ha adoptado la falsa configuración de partido político, lo cual es realmente un absurdo, puesto que las entidades de ese carácter tienen como punto básico de su programa el propender al engrandecimiento y prosperidad de la nación y de sus conciudadanos respetando profundamente los conceptos de Patria, Orden y de Constitucionalidad.

El comunismo, por el contrario, trata de destruir todo lo establecido, va contra todos los derechos y las libertades y no acepta el concepto de patria y atropella audazmente hasta la misma dignidad humana.

El declarar al comunismo fuera de la ley es por lo tanto una necesidad de sanidad nacional.

Hasta ahora para combatir el comunismo, a excepción de casos aislados, sólo se han empleado los medios de fuerza pero, esto ha podido hacerse sólo contra los exaltados y contra los que han puesto en evidencia pública sus tendencias. Pero siempre ha quedado impune el verdadero ejército soviético que va minando en silencio y con habilidad la conciencia de los chilenos en todas las esferas de su actividad.

Contra esa fuerza oculta que opera según instrucciones de hombres experimentados e inteligentes, no puede emplearse ninguna clase de medidas, pues siempre escapan a todo control.

La única forma de contrarrestarla es la de ejercer una acción preventiva y hacerse oír de todos los que de un momento a otro pueden caer en la impalpable red comunista.

Es preciso educar en este sentido, es necesario conocer bien las proporciones y las consecuencias de la infiltración roja.

Ser indiferente equivale a ser un cómplice.

JOHN STAUBER

Santiago de Chile, 18 de Septiembre de 1932.



EL SINDICALISMO

El Sindicalismo aparece tarde en la historia contemporánea. Al paso que el socialismo primitivo—el comunismo utópico, como se le ha llamado—es anterior a la Revolución Francesa, y anima algunos de los escritos de los publicistas del siglo XVIII, el Sindicalismo data prácticamente de pocos años.

El socialismo ha sido una previsión, una concepción ideal, antes de convertirse en una conclusión científica, deducida de la evolución de las cosas.

El Sindicalismo no es sólo una doctrina; es una organización viva, impregnada intensamente de socialismo comunista, y que sólo por sus métodos de lucha se diferencia de las antiguas organizaciones socialistas. El Sindicalismo ha lanzado osadamente sus teorías después de haber manifestado su potente vitalidad.

Aunque los grupos proletarios funcionaban hace años, se conocían mal sus programas y sus aspiraciones. En realidad las desconocían los mismos afiliados, que han ido dándose cuenta clara y completa a medida que se iba enardeciendo la lucha. En vez de subordinar la acción a tesis ideadas de antemano, dejaron que de la misma acción fuese brotando la tesis.

El acto precedió a la idea. En ninguno de los escritores socialistas del siglo XIX se descubre nada que pueda ser considerado como la descripción anticipada del Sindicalismo, la noción preconcebida de este vasto

y fuerte apiñamiento de obreros que, agrupados previamente por profesiones, por oficios, por industrias y federados después nacional o internacionalmente, se aperciben a destruir en su base la organización capitalista.

Cierto que estos propagandistas del pasado siglo preconizan constantemente la asociación a todos los hombres, y más especialmente a los asalariados, pero ninguno predica la concentración profesional para lograr la transformación social.

Marx—para hablar de uno de los apóstoles del socialismo—ha combatido vehementemente al Estado. Nadie como él ha precisado la noción de la lucha de clases; nadie ha mostrado mejor al proletariado la necesidad de libertarse por sí solo, con plena conciencia y con absoluta autonomía.

El autor de la *Capacidad de las clases obreras* llegó hasta prever la formación de innumerables asociaciones de mutualidad y de cooperación, pero en sus visiones del porvenir no hay nada que haga pensar en el sindicalismo comunista, y bien se sabe cómo el fogoso negador del derecho de propiedad llegó a restaurar el individualismo, o, mejor dicho, el egoísmo de los pequeños burgueses, para salvaguardar, bajo una forma atenuada, la estructura económica, cuyos defectos había tan maravillosamente descubierto y criticado.

Tampoco está expresamente evocado el Sindicalismo ni en los manifiestos comunistas ni en los acuerdos de la Internacional.

«El objeto inmediato de los comunistas es la organización del proletariado en partido de clase», escriben Marx y Engels en uno de sus manifiestos... Este proletariado se servirá de su superioridad política para arrancar gradualmente todo el capital a la burguesía, para centralizar los instrumentos de producción en las manos del Estado, es decir, del proletariado erigido en

clase dirigente. El manifiesto enumera una larga serie de medidas estatistas.

- Frente a las tesis marxistas surgen las de Bakunin y sus amigos. El antagonismo de las dos tesis originan la muerte y el fracaso de la primera Internacional.

«Todo poder político, escribe Bakunin (1), tiende al despotismo. Precisa abolir el poder político y reemplazarle por la organización de las fuerzas productoras y las fuerzas económicas». En otro opúsculo (2) escribe: «El Estado republicano es tan despótico como el Estado gobernado por un emperador o por un rey».

Schwizguebel, uno de los fundadores de la Federación autonomista del Jura, ha definido de este modo la actitud de los bakunistas en la Internacional: «Suprimen, ante todo, la organización política y jurídica, para de esta suerte, quitar todas las garantías a los privilegios de la burguesía y organizar el régimen social para reconstituir luego las comunas y la Federación Internacional».

En el segundo período de la Internacional es tema de discusión la importancia que pueda tener la organización profesional de los asalariados:

En el Congreso que los bakunistas celebran en Ginebra en 1873, se discute—como tema secundario, no principal—la eficacia de la huelga general.

No se tomó acuerdo, por entender que «no era la huelga general otra cosa que la revolución social, porque basta suspender todos los trabajos durante diez días para que se desplome el régimen actual».

En cambio, el Congreso, recomienda la organización por oficios y la formación de federaciones regionales e internacionales.

En estos acuerdos, y en los tomados en el Congreso.

(1) Osos de Berna y de San Petersburgo.

(2) El Imperio Knouto-Germánico y la Revolución Social.

socialista celebrado en Bruselas en 1874, podemos ya entrever, aunque sea muy vagamente, la aparición del Sindicalismo. Desde entonces, poco a poco, va penetrando en los centros obreros.

En un informe presentado en el Congreso de Marsella, de 1879, se lee esta frase: «Entendemos que los sindicatos federados son el arma más poderosa de que debe hacer uso la clase obrera para combatir a las clases privilegiadas y lograr su emancipación».

Es, sin embargo, difícil precisar, para cada país, el momento en que la organización profesional pasa al Sindicalismo, y en que el Sindicalismo, elevándose de la consideración de los intereses corporativos a la idea de la transformación integral, se declara en lucha abierta con el régimen capitalista.

En unos países—en los latinos especialmente—el Sindicalismo se manifiesta agresivo y rebelde desde los primeros momentos; en otros no abandona el reformismo puro, sino después de una serie de experiencias equivocadas.

Bien se comprende que los agrupamientos profesionales han tenido que estar en relación directa con la importancia fabril y económica de los países. El sistema capitalista, al concentrar los capitales, facilita la socialización obrera. Cuando Marx y Engels escribieron en su manifiesto comunista: «La sociedad burguesa prepara su fosa», dijeron una verdad incontestable.

Nadie pudo concebir la idea del Sindicalismo mientras el trabajo estuvo diseminado y en tanto fueron los talleres diminutas agrupaciones de fuerzas productoras; se inició cuando las grandes fábricas crearon una solidaridad de intereses entre los trabajadores, consecuencia inmediata de la uniformidad de vida, impuesta por la analogía de trabajo.

Se puede seguir paso a paso la formación de agru-

paciones cooperativas obreras, en cada país, a medida que la industria evoluciona, ampliando y mejorando su maquinaria. De un modo absoluto puede afirmarse que el movimiento sindicalista sigue de cerca en cada país, y en cada región a la concentración capitalista.

El Sindicalismo, sin embargo, no progresa en ningún país de un modo metódico y continuo. En todas partes se desarrolla entre alternativas de esperanza y de decepciones; los períodos de mayor actividad suelen ser luego seguidos por épocas, más o menos largas, de aletargamiento. Estos períodos están íntimamente ligados con los fenómenos económicos, las crisis de superproducción, los aumentos o disminuciones de demandas en los mercados, influyen inmediatamente en la vida de las corporaciones obreras. Cuando el trabajo es intenso y los jornales mejoran, el ejército proletario se esfuerza y reaviva, al paso que la crisis capitalista repercute en los centros corporativos obreros. Es un error creer que la miseria es el mayor propulsor de las reivindicaciones obreras. Por el contrario, en todos los países se advierte que el Sindicalismo crece y se arraiga precisamente en las regiones donde el obrero vive mejor, y aún es de señalar, como hecho constante y lógico, que en una misma comarca, son los obreros que mejores jornales ganan, los más decididos sostenes del régimen corporativo. La voluntad de emancipación, supone ya un comienzo de libertad. En general, y salvo raras excepciones, no es en las épocas de crisis general y de miseria cuando los sindicatos acentúan su propaganda para reclutar afiliados, sino que aprovechan los progresos muy marcados de la industria, la mejora de los cambios y los aumentos notables de la producción, para poner de manifiesto ante los ojos de los obreros, la diferencia que existe en tales épocas, entre la vida de los capitalistas y la de los proletarios. Y en tales momentos el éxito de

la propaganda sindicalista es fácil, tanto, porque el obrero está más preparado para resistir, como porque el patrono, puede sin sacrificio, conceder, en todo o en parte, las mejoras que sus trabajadores le pidan.

*
* *

La organización sindical obrera ha sido estimulada por la organización patronal, levantada frente a aquella.

De todos los países fué en Alemania, seguramente, donde la resistencia patronal se organizó más metódicamente.

En Suecia, las agrupaciones patronales son numéricamente casi iguales a las agrupaciones obreras. En este país, como en Alemania, al lado de las ligas corporativas autónomas, funcionan grandes uniones centrales en las que están representados todos los oficios.

En el conflicto que en el verano y el otoño del año 1909, paralizó durante muchas semanas la actividad manufacturera de Stockolmo, de Gotemburgo y de otros centros fabriles, fué provocado por la decisión de algunos comités de estas Uniones.

Los sindicatos patronales no permanecen siempre a la defensiva, sino que en ocasiones toman decididamente la ofensiva. En algunos países el lock-out es un hecho casi normal.

Sólo en Alemania ha dado lugar a 28 conflictos en 1897, a 38 en 1901, a 132 en 1904, a 305 en 1906, a 249 en 1907, a 177 en 1908. En 1908 holgaron voluntariamente 68,000 trabajadores y 81,000 fueron lanzados por los patronos a la huelga forzosa. La confrontación de estas dos cifras puede servir para calcular el poder de la disciplina patronal. 1,347 paros de iniciativa obrera, arrancaron menos brazos al trabajo que 177 paros acordados por los patronos.

El *lock-out* es un arma muy moderna en Europa; pero desde hace años se ejerce en los Estados Unidos, donde son más acentuadas que en país alguno las concentraciones de capitales.

El *lock-out*, simboliza, o mejor dicho, sintetiza con claridad, la resistencia de los patronos, a la presión de los trabajadores, y esta resistencia contribuye a reforzar la presión obrera. A medida que los patronos se apiñan para fortalecerse, determinan automáticamente el crecimiento de las organizaciones obreras.

*
* *

Los modestos funcionarios del Estado, encargados de servicios públicos, han sido los últimos proletarios conquistados en todos los países por la propaganda corporativa.

No es sorprendente su tardanza en adherirse a la campaña de subversión social de los otros proletarios, ni es tampoco extraño que acaben sumándose a los conceptos sindicalistas y a las conclusiones que han de seguirse fatalmente.

El Estado y los organismos a él subordinados—cualquiera que sea el nombre que se les dé—han creído poder ligar a la causa del orden social a cuantos reclutaba para aumentar y sostener la burocracia. En realidad, y en tanto la lucha entre el capital y el trabajo no ha adquirido gravedad, estos asalariados han permanecido fieles al régimen. No teniendo nada que temer de los paros, y considerándose, en cierto modo, a cubierto de las penalidades económicas de la vejez, estos proletarios de una clase especial, parecían definitivamente resueltos a defender las instituciones. Pero las grandes corrientes, que la evolución económica provoca en todos los países, han acabado por alcanzar a éstos obreros, los que al comparar su suerte con la de

los proletarios de la industria y del comercio, han comprendido que su situación no era ventajosa, y que también ellos tenían justas reclamaciones que presentar.

En efecto, la organización de los servicios públicos se asemeja en todo a la de la gran industria concentrada. Arriba unos cuantos jefes con retribuciones excesivas; abajo salarios insuficientes para cubrir medianamente las más apremiantes necesidades. Muchos funcionarios del Estado están más desatendidos y desamparados que los obreros de las fábricas.

El descontento de estos proletarios administrativos ha ido creciendo a medida que los Gobiernos le exigen más disciplina y mayor resignación. El Estado no cree en ningún país que el cartero ha cumplido por completo su misión cuando ha distribuido la correspondencia o que el telegrafista gana suficientemente su salario atendiendo bien a la labor que se le tiene encomendada en su oficina. Estima el Estado que todo ciudadano por él contratado debe abdicar de sus opiniones y servir al régimen constantemente, haciendo propaganda en su favor. La revuelta de los empleados públicos ha estado muchos años sin exteriorizarse; ha acabado por estallar, cuando, dándose cuenta de su solidaridad con las otras clases obreras, han entrevisto la posibilidad de mejorar su vida.

El Estado se resiste cuanto puede, pero poco a poco va cediendo, dándose cuenta de que el impulso sindicalista es ya poderoso y mundial.

*
*
*

La evolución de las agrupaciones corporativas es en todas las naciones semejantes. Descartando algunas contingencias locales, de muy escasa importancia, puede hacerse en pocas líneas el resumen del movimiento

obrerista. Al principio las aspiraciones son mezquinas; las ambiciones de los organismos nacieses se limitan a la mejora de los salarios, a la disminución de la jornada de trabajo, o bien al establecimiento de un rudimento de mutualidad.

En el segundo período, el sindicato, sintiéndose más fuerte numérica y moralmente, da notable impulso a todos los organismos por él creados, busca y empieza a conseguir la unión de las agrupaciones de la misma categoría, y comienza a ejercer presión sobre el Estado, para arrancarle reformas parciales destinadas a mejorar socialmente la condición del proletariado.

Durante el tercer período, ensancha el sindicato sus horizontes, y ya, más que la solidaridad corporativa, busca hábilmente la solidaridad del proletariado. A las organizaciones existentes añade organizaciones más vastas con el propósito de intensificar la acción, que ya ejerce sobre los Gobiernos, y de asegurar con su vigilancia constante la ejecución de las leyes obreras promulgadas.

Viene luégo un cuarto período, en el que el Sindicato declara que la clase obrera no puede esperar del Estado ni iniciativas radicales ni apoyo leal, porque este Estado defenderá hasta la muerte los intereses de los capitalistas. De esta afirmación infiere lógica y rápidamente el Sindicato que, en vez de ampararse en el complicado y lento mecanismo burocrático, del que puede esperar muy poco, debe aprestarse a destruir este mecanismo, fundando luego por su propio esfuerzo otra organización autónoma que prepare la sociedad futura.

Desde que hace este descubrimiento y lanza esta afirmación, el Sindicalismo se manifiesta batallador y revolucionario.

Inútil nos parece decir que no en todos los países se han manifestado al mismo tiempo y con igual fuerza

estas distintas fases del Sindicalismo. Estudiando separadamente el movimiento obrerista en varios países, se advierten pronto divergencias de tendencias relacionadas con múltiples causas: la disciplina y lentitud de acción de los sindicalistas alemanes y el método reflexivo de las *Trade-Unions* británicas, contrastan fuertemente con el ardor combativo y rebelde de las federaciones francesas. Pero estas diferencias de táctica, nacidas en gran parte de la diferencia de temperamento de cada raza y de las distintas condiciones económicas de cada nación, no influyen esencialmente en el desarrollo mundial del Sindicalismo, que en todas partes se levanta y mueve con pujanza creciente para dar el asalto al viejo Estado, tenido como enemigo común.

El Estado, por su parte, se ha apercebido a la lucha, como defensor resuelto de la sociedad actual.

Algunos optimistas creen en la posibilidad de que el nuevo estado social que quieren elaborar los sindicalistas, se forme aprovechando gran parte de los elementos de la organización actual. Es un error porque las dos organizaciones están separadas por un abismo. Es indudable que el proletariado no podrá pasar del régimen actual de salarios a la libertad de la cooperación voluntaria a que aspira, sino después de destruir todas las leyes y las costumbres que hoy reglamentan el trabajo. No se llegará—si estos procedimientos se logran—a la socialización de la propiedad sino a fuerza de expropiaciones y confiscaciones múltiples.

El Sindicalismo aspira a destruir en su esencia el régimen capitalista, acabando con todas las gerarquías e instaurando un régimen de igualdad real y absoluta. En el nuevo orden a que el Sindicalismo aspira, no habría lugar para ningún atributo capitalista, ni aún reducido a su más simple expresión. El antagonismo es tal que excluye desde luego toda idea de tregua y

de inteligencia. Como los dos adversarios se disputan la posesión íntegra del campo de la vida económica, el combate sólo puede terminar con el aniquilamiento de uno de los bandos enemigos.

De todos los sindicalistas teóricos, Eduardo Berth es, seguramente, el que con más precisión y más arsenal de argumentos ha hecho la crítica del Estado capitalista. He aquí sus propias palabras:

La clase que históricamente ha creado el Estado moderno es la burguesía; la burguesía con sus dos grupos fundamentales, los comerciantes y los intelectuales. Y los tres caracteres del Estado son: Primero, ser un mito de la conciencia popular; segundo, un consejo de administración de los intereses capitalistas, en el que el materialismo burgués ha encontrado su expresión adecuada; tercero, una idea, un concepto del cual han hecho la teoría los intelectuales de la burguesía.

Intelectuales y mercaderes, he ahí los dos grupos fundamentales en que se divide la burguesía y que han sido los autores directos de la creación estatista; los primeros elevando el Estado a la altura de una idea, de un concepto, de una entidad metafísica; los segundos, haciendo de él el instrumento de sus intereses materiales, y, como suele decirse, «el consejo de administración» de sus negocios. Y el hecho de que esos dos grupos vivan en perpetuo divorcio, que se hallen en incesante oposición, no contradice en manera alguna su identidad esencial. La democracia política ha querido siempre violentar al capitalismo; los intelectuales han despreciado siempre a los mercaderes, y eso que hoy se llama la democracia social o extensión de la democracia política o la economía, no es precisamente más que una forma extrema y aguda de la lucha entre los intelectuales y los mercaderes. Pero es evidente que es tan imposible para la democracia política prescindir realmente del capitalismo, como es para una

sombra prescindir del cuerpo que la proyecta. Y aún cuando los intelectuales se complacen en despreciar a los «mercaderes», y la bohemia política no es menos «burguesa» que la bohemia literaria, artística o anarquista, a pesar del supremo desdén que todas estas bohemias han sentido, siempre por los burgueses.

En efecto, si se comparan estas tres cosas, el concepto, el Estado y el cambio, estas tres manifestaciones de la actividad intelectual, política y económica del hombre, se descubre entre ellas analogía que conciernen tanto a su íntimo sentido como a sus efectos, y, por decir así, al género de liberación que procuran. ¿Qué es un concepto en el orden de la actividad intelectual? El concepto es un extracto de sensaciones, una reducción de la multiplicidad sensible a la unidad del entendimiento, y si se considera su efecto, un medio para el espíritu de liberarse del caos de las sensaciones, bajo el cual quedaría sepultado si no encontrase ese procedimiento de liberación. El concepto es, pues, una especie de cuadro lógico en el cual la diversidad sensible se ordena, se simplifica, se abstrae, y, como Kant ha demostrado, la experiencia—o la ciencia—no es posible más que cuando las cosas son susceptibles de ser clasificadas en esos cuadros que constituyen los conceptos.

Pero si el concepto es, por tanto, para el espíritu una liberación, es preciso añadir que es una «liberación que somete», una liberación que corre el riesgo de crear una nueva servidumbre, si el espíritu no procura reaccionar contra el órgano mismo de su liberación. Es lo que M. Bergson se esfuerza en demostrar en sus cursos del Colegio de Francia. M. Bergson denuncia el peligro inmenso que entraña el conceptualismo, si el espíritu, no procurando trascender el concepto para volver a aprehender lo real, queda sumido

en el entorpecimiento intelectualista, lejos de la vida, que está en constante cambio.

Tal es la naturaleza del concepto y tales son sus efectos: instrumento de liberación y causa de servidumbre a un tiempo, necesita ser «trascendido» si quiere conservar en la actividad intelectual un papel verdaderamente fecundo. Ahora bien: si pasamos a considerar el Estado, ¿no podemos hacer con respecto a él observaciones análogas? ¿Qué es, en efecto, esencialmente, el Estado moderno con relación al particularismo feudal del Antiguo Régimen? ¿No ha constituido una inmensa simplificación, una inmensa «abstracción», como el concepto, en relación con el particularismo sensible?

Y, como el concepto, ha caído en el sistema opuesto. Una vez constituido, todo lo quiere regir, no tolera a su lado ninguna vida independiente, mira con envidiosa inquietud a toda asociación privada; en una palabra: todo lo quiere absorber. La centralización estatista llega a ser enorme, aniquiladora; la abstracción social toma proporciones formidables; no hay más vida colectiva que la vida del Estado; el Estado monstruo devora todo, grupos e individuos, y se transforma en un instrumento de creciente servidumbre colectiva. Y entonces se impone la necesidad de trascenderlo, que es la obra que ha emprendido el Sindicalismo revolucionario.

Y si analizamos la categoría económica del cambio, ¿no le hallamos las mismas características esenciales que al concepto y al Estado? ¿Qué es, en efecto, la economía de cambio, con relación a la economía llamada natural? ¿No existe entre ellos la misma relación que entre el concepto y el particularismo sensible, o entre el Estado moderno y el particularismo feudal? En la economía natural, cada productor se encierra dentro del vínculo familiar, produciendo, no para el

mercado, sino para su propio consumo; es el particularismo en el dominio de la producción. Pero en el momento en que se desarrolla el cambio, y se constituye un mercado—primero regional, después nacional y más tarde internacional—, en el cual los productores, saliendo de su aislamiento, cambian sus productos, y para el cual ellos producen, se verifica una completa transformación: a la producción particularista y, por así decir, sensible y artística, sucede una producción social, abstracta, científica, en grandes masas; la sociedad presenta el aspecto—como dice Marx al comienzo de su *Capital*—de una enorme acumulación de mercancías, y los mercaderes, es decir, las innumerables variedades de los llamados intermediarios, dominan a los productores. Son los mercaderes, los poseedores del oro, los que han promovido el capitalismo, fundando las manufacturas y dado el impulso al formidable desenvolvimiento de las fuerzas productivas que la humanidad contempla desde el siglo XVI.

También el cambio comienza por constituir una liberación: libera a los productores de los obstáculos particularistas de la economía natural, y da vuelos a las fuerzas productoras; pero esta liberación es asimismo una servidumbre, y si hay un fetichismo conceptualista y un fetichismo estatista, hay también lo que Marx ha llamado el feudalismo de la mercancía. El cambio, como el concepto y como el Estado, debe ser trascendido; es preciso que la producción se independice de la tiranía del cambio, como es preciso que la vida espiritual se libere de la tiranía del concepto, y la vida social de la tiranía del Estado, sin que esta triple liberación signifique un retroceso al particularismo sensible, feudal o económico.

Los que aún crean en la posibilidad de una coordinación entre las viejas instituciones económico-sociales y la organización sindical, los que aspiran a incor-

porar la agrupación profesional al mecanismo de la producción y a la actual sociedad política, cometen el más absurdo de los errores. Estos ciegos optimistas ignoran a la vez la naturaleza del Estado y la esencia del Sindicalismo. La oposición entre el Estado y el Sindicalismo no es la creación de la ideología, sino el resultado fatal de los hechos, y la deducción irremediable y lógica de dos tendencias poderosas e irreconciliables.

PAUL LOUIS.



El Sindicalismo y sus métodos de lucha

Los trabajadores sindicados, federados y confederados que han tomado a su cargo su propia emancipación, abandonan, renuncian por completo el sistema de súplica, de representación y de delegación, y adoptan lógicamente la gestión por sí mismos de su emancipación. Ya no se repetirá el antiguo refrán «a Dios rogando y con el mazo dando», sino que darán con el mazo sin rogar a ningún Dios, ni al Gobierno, ni al intendente, ni al arzobispo, ni al diputado, ni al alcalde, ni al cacique, ni a nadie, sino que estableciendo lógica relación entre el saber, el querer y el poder, ejecutarán acción individual, multiplicada por el sindicato y elevada a su máxima e invencible potencia por el saber, el querer y el poder de federaciones, confederaciones y Gran Confederación Mundial, que si aún viven como ideal y proyecto, serán un hecho en cuanto la voluntad obrera desarrolle toda su eficacia.

La acción propia, que otros llaman acción directa, tiene abolengo histórico: toda ley, toda reforma, toda concesión beneficiosa para los oprimidos, no fué nunca un homenaje a la justicia, un bien espontáneamente otorgado por el poder imperante, sino cesión arrancada a la conveniencia y a la oportunidad, debida a la fuerza de demandantes con voluntad enérgica y con

poder triunfante, y con la tal cesión amortiguadas o desviadas.

La acción propia socializada tiene sus más simpáticas manifestaciones, ante todo, en la justicia de la demanda, y después en el boicote, el label, la huelga, el sabotage y en la adopción y práctica constante de la enseñanza racionalista, que extienden la solidaridad más allá de los límites de la organización obrera y del proletariado en general, penetrando avasalladora hasta en el seno de la burguesía y de la sociedad en general, por el hecho de excitar sus sentimientos humanitarios y liberales y aún de beneficiar sus intereses librándolos del fraude.

Procedamos al examen de tales manifestaciones.

El compañero Nettlau ha lanzado una idea importantísima en el folleto *«La Responsabilidad y la Solidaridad en la lucha obrera»*, que presento extractada a continuación:

«Conviene inspirar a las masas que procuramos convertir en agregados de individuos conscientes, un sentimiento más delicado de la dignidad humana que el que hasta hoy ha inspirado sus actos».

Por ejemplo: los trabajadores de una industria están organizados, luchan por mejorar su situación y logran una ventaja en el jornal o en la jornada; los patronos, obligados a hacer concesiones, se descargan sobre el público, sobre los consumidores, que carecen de defensa. Parte de éstos, los privilegiados, soportan la carga, poco les importa, de otro modo se desquitarían; pero el resto, entre el que se hallan los trabajadores beneficiados, sufren las consecuencias: lo que antes producían a 1 y pagaban a 5, ahora lo producirán a 1 y medio y lo pagarán a 7; es decir, ganarán medio y perderán medio y uno, que ganará el burgués.

Además, los trabajadores contraen una responsabilidad moral con relación al trabajo que ejecutan. Por

algo se huye del contacto del verdugo, cuya plaza suele ser, no obstante, muy solicitada cuando se halla vacante; hay otras profesiones no menos antipáticas, destinadas a hacer sentir al pueblo en general el peso de la injusticia dominante. Y, sin embargo, los mismos que sufren al pesquisa, al soplón, al carabinero, agente ejecutivo y al funcionario autoritario, cualquiera que sea la clase de imposición o de socialifa que represente, los disculpan pensando que obedecen órdenes superiores, y que si no lo hicieran ellos, otros ocuparían su lugar.

En la misma disculpa se cobijan los que construyen malas habitaciones, y los que con reparaciones superficiales las conservan para que sirvan de albergue mortífero a sus compañeros de trabajo, los que elaboran alimentos y bebidas detestables y baratas con que se envenenan en vez de alimentarse los pobres, los que producen ropas y vestidos de malísima calidad que se caen a pedazos al poco tiempo de usarlos después de una vejez prematura en que domina repugnante fealdad, los que imprimen y hacen circular con el libro y el periódico doctrinas perniciosas y antiprogresivas con que se justifica y practica a mansalva el fraude social que perpetuan los privilegiados, los dependientes de comercio que venden géneros malos y caros engañando y estafando al comprador. Todos esos trabajadores, lo mismo que los que se dedican a las industrias de lujo, de ociosidad o de vanidad, de que sólo pueden ser consumidores los ricos, los usurpadores de la riqueza social y explotadores que nos exprimen y nos arrinconan, tienen responsabilidad y complicidad en su misma desgracia, y si individualmente puede excusarse cada trabajador con su impotencia y su necesidad, la excusa pierde todo su valor ante el poder de la asociación y consiguiente apoyo de la opinión pública.

Hasta ahora sólo se han promovido huelgas por

cierta tendencia egoísta, a las que la opinión ha concedido la simpatía de la compasión, a veces atenuada por la consideración de las pérdidas patronales. Hasta las huelgas llamadas de dignidad por ofensa de un patrón a un obrero, y las de exclusiva solidaridad para apoyar a los compañeros en lucha, tienen carácter egoísta de clase. Huelgas por altruísmo y por sentimiento de justicia no se usan, son aún desconocidas, y conviene plantearlas con urgencia para dar a la asociación obrera una idea más elevada de su importancia y de su transcendencia, y emanciparla de la pequeñez rutinaria en que procura retenerla el socialismo parlamentario.

No basta asociarse para la mejora del salario, como quieren los socialistas con sus demandas a los poderes públicos; ni para la supresión del salariado, como quieren los modernos sindicalistas continuadores de La Internacional con su orientación anarquista: es preciso que unos y otros piensen en dignificar el trabajo y quieran redimirle del infame ganancierismo burgués, con lo cual se honra y dignifica la asociación de los trabajadores, se conquista la simpatía de la opinión pública, se establece un medio de confraternidad entre las escisiones proletarias y se produce poderosa excitación para los trabajadores indiferentes.

Bella, noble y altamente simpática se presentaría la huelga de un sindicato de panaderos, fideeros, licoristas o confiteros, por ejemplo, por negarse a manipular y mezclar substancias reconocidamente nocivas para la salud, con objeto de adulterar en peso, color o sabor, los productos para el alimento del público; la de varios sindicatos de la Unión de Constructores, que se negaran a edificar tugurios y a hacer chapuzas en habitaciones viejas inhabitables; la de un sindicato tipográfico, que se negara a imprimir un periódico clerical o furibundo burgués; la de un sindicato de zapa-

teros, que se negara a hacer calzado con suela de cartón y materiales de desecho para el negocio de un contratista proveedor; la de cardadores, hiladores y tejedores mecánicos, que se negara a hilar y tejer fibra resultante de ropas usadas e infectas; la de dependientes de comercio, que no se prestaran a engañar al público acerca de la calidad, el peso y la medida de los productos a la venta.

Negarse a hacer un trabajo falso, malo, antisocial; fortificarse en un baluarte de justicia, haciendo conocer al público cómo se le engaña, se le roba, se le envenena y se fundan las grandes fortunas, y sostener estas huelgas con el apoyo de la solidaridad y el recurso del boicote y del label, honraría a los trabajadores que las emprendieran y las sostuvieran, asegurarían su triunfo y atraerían a la opinión pública; no sólo para el triunfo del momento, sino para el reconocimiento y la aceptación del ideal emancipador.

Es indigno del obrero moderno, después de tantos sacrificios por la libertad humana y la igualdad social, contribuir al despojo que practica el capitalismo propietario, basándose en el derecho de accesión, creyendo justificarse con decir: *el patrón lo manda; para eso me pagan; así me gano el pan de la familia*. Esa excusa, si puede tolerarse en los holgazanes e incapaces que aceptan el oficio de pesquisa, soplón o carabinero, como lebreles dedicados a la caza del hombre, no sirve para el obrero que piensa, que aspira a la emancipación de los trabajadores y que para alcanzarla se asocia con sus compañeros, porque en sus labios representaría un cobarde sofisma, un hipócrita pretexto.

El sindicalismo empieza por emancipar racionalmente a los sindicatos. Los trabajadores que llegan a ese estado de moralidad y de dignidad que representa su carácter de sindicato, han de negarse a ejecutar todo trabajo que perpetúe la miseria y la esclavitud de sus

semejantes, creando así una corriente de simpatía y de solidaridad, base amplísima de los actos más nobles y trascendentales.

Hasta aquí habíase considerado el Sindicalismo como una agrupación exclusivamente rebelde y revolucionaria, y por esta causa, si podía contar con escasas simpatías entre las escuelas filosóficas y los partidos políticos de tendencia progresiva, tenía segura la enemistad de los reaccionarios de toda clase. Esa enemistad y aquella escasa simpatía puede convertirse en gran simpatía, y en ocasiones, en decidido apoyo, cuando los sindicatos obreros abandonen el exclusivismo de la lucha por el jornal y la jornada y se presenten como campeones de la higiene, de la salud y aún de la moralidad públicas; cuando, fortalecida la organización por la conciencia de los obreros asociados, se decidan a oponerse al sistema de «gato por liebre» y «tente mientras cobro», sobre que funda gran parte de la burguesía sus cálculos gananciales, sin reparar que estafa y envenena al público.

No ya la huelga y el sabotage de incumbencia puramente obrera, sino el boicote y el label, de acción social generalizada, pero dirigida por los sindicatos federados y confederados, es el complemento de la acción emancipadora del proletariado. Por el boicote, el público aísla y niega clientela al burgués que se enriquece con el fraude y la falsificación. Por el label, como marca de su establecimiento y de su industria, el buen burgués pacta con sus asalariados provisionalmente, obteniendo de ellos patente honorable.



EL BOICOTE

El boicote consiste en declarar un taller o una fábrica de cualquier industria buenos sólo para que trabajen *esquirols*, por no pagarse el trabajo según tarifa, y además inconvenientes para el público e indigno de su confianza porque se le arranca la ganancia con peligrosas sofisticaciones.

El boicote se ha generalizado porque lleva en sí la triple idea de protesta, de rebeldía y de castigo. Su historia es interesante: en Irlanda, en el condado de Mays, existía un enorme latifundio, propiedad de lord Erne, dirigido por el capitán Boycott. Este capitán, como militar que era, dirigía las faenas agrícolas mandando a los obreros como si fueran soldados, y se dirigía a la ganancia como si fuera la victoria. Con ese criterio, las órdenes eran siempre arbitrarias por su ignorancia técnica del trabajo, y vejatorias porque para él los trabajadores eran simples subalternos; pero los campesinos a sus órdenes se sintieron dignos, desobedecieron, se rebelaron y decidieron privarle de lo necesario para la vida, hasta el punto de no hallar un sólo obrero para recogerle la cosecha en el año 1879, ni quien le llevara pan, ni le sirviera un vaso de agua, ni quien le saludara, ni le mirase a la cara, apartándose de él como de un apestado. El gobierno, según táctica gubernamental, le envió *esquirols* y soldados;

pero con oportunidad trasnochada, porque los primeros trabajos de aquella gente sirvieron para atestiguar que los frutos se habían podrido sobre el terreno.

No se sabe qué haría lord Erne con su célebre capitán Boycott; probablemente le despediría por bruto. Poco después Boycott fué a América, donde le acompañó la fama, inmortalizando su nombre, que representa una acción justiciera de castigo a los explotadores exagerados y de defensa de sus víctimas.

El boicote, iniciado contra Boycott, continuó en Irlanda, pasó a Inglaterra y luego al continente, cruzó el mar, como queda indicado, hasta convertirse en poderosa arma de defensa.

El boicote es una prohibición impuesta con justicia contra un explotador excesivamente abusivo, y libremente aceptada por cuantos trabajadores y consumidores pueden constituir su dependencia y su clientela. Todo el mundo se priva de relacionarse con él, principalmente para asuntos industriales y comerciales, y además para todo género de relaciones, hasta que, sitiado por un boicote estrechísimo, se ve obligado a ceder acatando las condiciones exigidas por los boicoteadores. Sus efectos son tremendos, pudiendo parangonarse con los que la iglesia católica produjo con la excomunión mayor.

Algunos ejemplos históricos sirven de buena explicación. En 1894, varios cerveceros de Berlín negaron sus salas de reunión a los socialistas. Fueron boicoteados; durante el boicote no se presentó un sólo consumidor obrero, y los cerveceros, antes que arruinarse, consintieron en permitir las reuniones obreras en sus salas. En la misma ciudad observó la compañía del ferrocarril de circunvalación, que el público cerraba por sí mismo las puertecillas de los vagones, y, por economía, despidió en un día muchos empleados. Por intervención de los trabajadores asociados el pú-

blico decidió dejar las puertas abiertas, y a los pocos días fueron todos los despedidos reintegrados en su empleo.

Extendióse el boicote en toda Europa, pero en la América del Norte ha alcanzado el carácter de arma ofensiva y defensiva y de importante recurso emancipador.

De regreso a Europa, coronado por esplendorosos triunfos, el boicote forma hoy un capítulo especial importantísimo de la táctica emancipadora de los trabajadores.

“La caída de este sistema industrial y comercial, bajo el que vivimos, es inevitable; es cuestión no de siglos, sino de años solamente. Un poco de tiempo, y de energía de ataque por nuestra parte. ¡Los perezosos no hacen la historia: la soportan!”--KROPOTKIN.

«La Anarquía. Su filosofía. Su ideal.»



Sabotage o chapucería

Sabotage, en francés, *chapucería*, en español, quiere decir obra imperfecta, sin arte ni pulcritud. La palabra francesa ha sido admitida por los trabajadores de todos los países y aún por toda la prensa burguesa: admitámosla adaptándola a nuestra ortografía, escribiéndola con *j*, *sabotaje*. Además, derivado de ella, se ha creado el verbo *sabotear*.

Antes de existir la lucha social, los obreros *sabotiers* o *chapuceros* eran los torpes, los incapaces; hoy, prescindiendo de los chapuceros por incapacidad intelectual o práctica, la «chapuza» se emplea, por obreros inteligentes y conscientes, como arma defensiva en virtud del principio «a mala paga, mala obra», como protesta contra el abuso y la explotación que enriquece al patrón y deja en la miseria al asalariado.

La prensa ha desnaturalizado la verdadera significación del sabotaje. Los periodistas en general, obligados, por las empresas que les pagan, a escribir en sentido favorable al capitalismo, han hecho obra patronal y antiobrero, han *saboteado* el trabajo emancipador. Conste como protesta contra la acción desleal de esos asalariados, tan explotados o más que la generalidad de los trabajadores, y que, ilusionados por el arrivismo político, que les impulsa a emanciparse individualmente, no se manifiestan dispuestos a asociarse, fede-

rarse ni confederarse con los trabajadores emancipadores, antes al contrario, emplean contra ellos sus facultades, desviándolos con falsos ideales económicos o políticos.

El sabotaje es antiquísimo.

Los ejipcios, que cubrían todos los objetos usuales con escritura jeroglífica, ponían en todo ataúd uno o varios papiros conteniendo el llamado «Libro de los Muertos». En sus copias se han hallado errores u omisiones que el exámen y la crítica ha considerado como faltas intencionadas.

¿Quién sabe si en la intención de aquellos copistas, obreros de la muerte, destinados al horror de esclavitud perpetua, en el fondo tenebroso de las criptas o de las pirámides, surgió el sabotaje como venganza o como protesta contra la horrible tiranía a que vivían sujetos?

Es natural que el vencido no se resigne a la derrota, y también lo es que, aún reducido a la más mínima esfera de acción, aproveche la ocasión para hacer acto de protesta. Muchos de estos actos son estériles e ineficaces, pero otros han justificado el proverbio: «no hay enemigo pequeño».

Las manifestaciones del sabotaje individual son incalculables: pueden obrar multiplicándose a la manera de microbio invasor y destructor, o pueden perderse en la impotencia; pero el sabotaje de la solidaridad practicado por los productores solidarios de la civilización puede ser tan eficaz y poderoso como la misma huelga general.

Ante todo, conste que hay sabotaje patronal en perjuicio del público por falsificación de productos, fraude en el peso y medida, mala calidad en las materias. Incalculable es el número de las falsificaciones, fraudes y sisas sobre que se funda la ganancia burguesa, y no menos grande es el de sus deplorables consecuencias,

que en muchas ocasiones y por diversos conceptos llegan hasta el crimen, puesto que afectan al haber y a la salud del público en general.

El sabotaje obrero, contra el cual los periódicos han *saboteado* el juicio del público, consiste en que el obrero amolda la calidad de su trabajo al salario con que se le paga, en lo cual hay un principio de reciprocidad.

Si se exigen horas diarias de trabajo excesivas por un jornal mínimo, es evidente que no puede en justicia pedirse mayor cantidad de trabajo que la que técnicamente marquen las tarifas sindicales.

Si un burgués toma obreros jóvenes con el carácter de aprendices adelantados para pagarles medio jornal por una jornada entera y cantidad de trabajo de un oficial, comete una mala acción merecedora del sabotaje.

El sabotaje en muchos casos se relaciona con el boicote y el label. Por ejemplo: bien harán los obreros que sabotean un mal producto, peligroso para el consumo, boicoteándole y exigiendo e imponiendo el label.

El dependiente de una tienda al detalle, obligado a engañar y estafar al parroquiano, practica el sabotaje dando al comprador exactamente el peso y la medida que pide por el precio regular o comunmente admitido o regulado por la oferta y la demanda.

Los trabajadores que, viendo la soberbia del patrón enriquecido con su trabajo, no tienen más miramiento por la economía del material que la que aquel explotador manifiesta por su salud, ejercen un sabotaje que no excede de las reglas de la equidad.

Los que trabajan con esmero dando a su obra la absoluta perfección técnica, empleando en ello el tiempo necesario, aunque trastorne el plan patronal consistente en la baratura del producto basada en el sis-

tema de «tente mientras cobro», sabotean honrada y dignamente.

Así considerado el sabotaje, vilipendiado en nombre de una moral convencional, no excede los límites de una moral racional.

Considerado como defensa, si perjudica los intereses de los explotadores y beneficia los de los explotados, tiene todos los caracteres de legítimo recurso defensivo, perfectamente lícito en lo que pudiéramos llamar ley de la guerra.

El patrón, en la lucha de clase, no es el hermano, no es el compatriota, no es el correligionario del obrero, aunque todo eso sea por la sangre, la raza, la religión, la patria o el partido a que se pertenezca; es el enemigo que como capitalista y propietario, le despoja del fruto de su trabajo y le sisa como consumidor para perpetuar y aumentar con ese despojo y esa sisa sus riquezas; pues justo y digno es que el obrero, siempre luchador como víctima que siempre aspira a su liberación, combata sin tregua, con todos sus medios, y muy principalmente cuando hallándose vencido sufra más dura humillación. En este último caso, el sabotaje, que prolonga una operación, que no escatima material, que no combina exactamente materiales, que da apariencias falsas y superficiales a los productos, arruina al patrón en compensación justa de la ruina del obrero causada por la tiranía patronal.



EL LABEL

El label y el boicote, complementándose recíprocamente, se hallan en relación económica, y por tanto, aunque no tan generalizado como el boicote, el uso del label se impone con irresistible lógica.

Con el boicote se dice al consumidor: «¡Apártate de tal burgués, porque es enemigo de los trabajadores!»

Con el label, por el contrario, se le indica a tal otro burgués que es, no amigo, sino que ha pactado con ellos; entre patrón y obrero hay acordada la tregua del label.

El label debe su origen a la defensa del jornal, organizado por los trabajadores de California contra la concurrencia de los chinos, que trabajaban a un jornal mínimo, sometiéndose además pacientemente a todas las exigencias y aún a todas las injurias patronales.

Como la necesidad era apremiante, y los chinos, con ser pacientes hasta un extremo inverosímil para la dignidad del obrero americano y europeo, son tan inteligentes que aprenden en seguida con perfección todos los oficios, y son tan numerosos como colonias de microbios, los obreros californianos pronto comprendieron y aceptaron el label, y a su difusión y práctica se dedicaron con empeño, logrando poner a raya la ambición patronal y manteniendo con firmeza su organización y su jornal.

Los cigarreros fueron, probablemente, los inventores y propagadores del label, y a él deben su organización como entidad obrera, y, muchos, sin género de duda, la propia existencia y la de sus familias.

Empezaron aquellos inteligentes obreros por adoptar un sello, y exigir que sus burgueses lo pusieran en las etiquetas de sus productos, en señal de que en su fábrica trabajaban obreros asociados y de que pagaban, a jornal o destajo, según los precios convenientemente tarifados. En seguida amenazaron con el boicote todo producto no marcado con el label, lo mismo que a los de las industrias que, por efecto del engranaje del trabajo, con él pudieran relacionarse, y ayudados de todos los consumidores obreros, siempre los más numerosos, y además por el público en general, viéronse forzados los burgueses, con buena o mala voluntad, a someterse a la imposición.

El label es, pues, una etiqueta fijada sobre un producto determinado, cuya presencia certifica que los obreros que lo han producido están asociados y se hallan en las condiciones de regularidad y de jornal señaladas en las tarifas profesionales.

El impresor puede poner el label en el pie de imprenta, el sombrerero en el fondo del sombrero, el sastre en las vueltas del cuello, el zapatero en la suela del calzado, el tahonero marcando el pan, todos los demás productos, según su clase, pueden ostentarse de manera adecuada; comerciantes e industriales pueden ponerle en membretes, circulares y anuncios, y todo lo que representa un producto o un servicio puede ofrecerse al público garantizado con la marca del label, y todo lo que carezca de esa garantía, debiendo ostentarla, puede ser objeto del terrible boicote.

Generalizado el label por todas las organizaciones obreras de defensa y de resistencia, lograron poner un dique a las ambiciones de la burguesía de medio pelo,

que en América representa relativamente un capital mucho más importante que el de la gran burguesía de las naciones europeas.

Como detalles episódicos de la lucha entablada por los trabajadores con el boicote y el label, los hay interesantísimos y dignos de ser conocidos: unos nos causan risa, otros admiración y todos prueban que, sea cualquiera la vía emprendida por los trabajadores que directamente van a su emancipación, empezando por emanciparse de falsos redentores de blusa y levita, vese siempre genio, constancia, dignidad y fe en el ideal.

No falta quien atribuya al boicote y al label, que es un boicote indirecto, gran participación en la causa de la formación de los *trusts* americanos, cuya propaganda ha llegado ya a Europa, como medio de defensa contra el avasallador poderío obrero, y acaso tengan razón los que eso creen; pero así y todo, no ya como obreros sindicalistas, sino como anarquistas, hemos de decir: ¡Mejor! Cuanto más pronto se acule la burguesía en el callejón sin salida en que, por desviarse del camino amplio y hermoso del progreso, se halla metida, más pronto habrá que romper revolucionariamente el obstáculo y pasar adelante.

Como quiera que sea, con el label ocurre que los intereses particulares de muchos burgueses se ponen al servicio de los trabajadores contra uno o varios burgueses malos a quienes conviene reducir a la impotencia; se fomenta la competencia entre burgués y burgués, y se introduce la desunión en el campo enemigo.

Consideramos estas indicaciones necesarias y provechosas para las sociedades obreras que, por efecto de recientes campañas contra los usurpadores del capital acumulado y de los medios de producir, tienen a sus mejores socios, los más inteligentes y los más

abnegados, sufriendo los inhumanos resultados del Pacto del Hambre.

Ved cuán triste es que después de una huelga utilitaria triunfante vayan todos a disfrutar de la rebaja de horas y aumento de jornal... menos los que en estricta justicia debieran participar en primer término, los cuales sino van a presidio acusados de coacciones, de desobediencia y ataques a la autoridad, quedan sin pan y pasan por la angustia de ver perecer de hambre los seres queridos.

Obreros inscritos en la lista infame de los burgueses asociados hay en todo el mundo, a los cuales apenas se hace más que facilitarles algún socorro pecuniario insignificante, resultado de subscripciones molestas, por no decir mezquinas, que quitan espacio a nuestros periódicos de propaganda, y cuyas cantidades suelen ser aún roídas por pedigüños.

Estudien, pues, las organizaciones obreras si ha lugar al planteamiento del boicote y del label, siquiera sea para boycotear el Pacto del Hambre y limitar la iracundia burguesa, interin se logra destruirla completamente por la Huelga Revolucionaria.



LA HUELGA GENERAL

Un célebre comunista francés salió un día con la siguiente humorada: «Si de repente se muriese el arzobispo de París, sería una desgracia, pero pronto tendríamos quien le reemplazara; si se muriese el rey, ya tenemos asegurado el heredero; si nos faltare el gobierno en pleno, no nos faltarían ministros; si al Tribunal Supremo, al Parlamento y a otra multitud de instituciones y funcionarios se los llevase la pelada, sería una lástima, pero sobre ser todo ello fácilmente reemplazable, quedaría aún el consuelo de que podríamos pasar también dejando todas esas plazas vacantes. ¿Qué sucedería en cambio, si todos los trabajadores muriesen en un día? Sin asistencia doméstica, sin comestibles frescos en el mercado, sin dependientes en tiendas y almacenes; desiertos los escritorios, los talleres, las fábricas, los campos, las minas, abandonados los ferrocarriles, los caminos y los puertos; faltos de pan y careciendo sin él de todos los elementos de vida, el terror se apoderaría hasta de los privilegiados más valerosos; levantaría un clamor de espanto, que pronto invadiría el espacio, resonando como trompeta apocalíptica el grito de ¡sálvese el que pueda! ¡Todos los vínculos se romperían en un instante! Ni rey, ni súbditos, ni gobernantes, ni gobernados, ni padres, ni hijos, ni esposas, ni hermanos, ni soldados,

ni paisanos, ni curas, ni laicos, ni presos, ni libres, ni ricos, ni pobres; la disolución de la sociedad, la masa desorganizada y descompuesta, dejando libres los átomos que la formaban . . . interrumpida la acción de los siglos, rota la continuidad social, quedaría la humanidad restante en esta alternativa: «o empezar de nuevo o morir de una vez».

Pues a hacer práctico el apólogo de Saint-Simón va el proletariado militante; pero dejando a un lado la suposición de la muerte, que ha servido hasta ahora de recurso sugestivo, para entrar de lleno en la acción por la plétora de vida, por el poder de la inteligencia.

A la huelga general, a la transformación de la propiedad, al aniquilamiento de todos los privilegios, a la nivelación social; a eso vamos, sitiando al privilegio, por reducción de comodidades, por desconocimiento de superioridad, por falta de alimento al apetito voraz, por el miedo cobarde a la indignación popular, por la dervirtuación de los fetiches inventados para santificar la tiranía y la usurpación, por la derogación de toda esa jurisprudencia que llama derecho al despojo, castigo al crimen y justicia a la iniquidad.

Si el simbólico cuerno de la abundancia, emblema de nuestra civilización para los poderosos, ha de ser para todos. Ni un día más podrá decirse que hay crisis y, por consecuencia, miseria para el trabajador por abundancia de productos.

Si con un sistema de trabajo que excluye de la producción y da mayor derecho al consumo a tanto holgazán en nombre de la riqueza, se produce hasta llenar los almacenes locales y nacionales y ser rechazadas las ofertas en los mercados extranjeros, es prueba evidéntísima de que la naturaleza y la actividad humana bastan y sobran para la satisfacción de todas nuestras necesidades; y de lo que sobra, no hay razón para es-

catamarlo, ni racionarlo, ni menos para privar de ello al que más ha contribuído a producirlo.

Teniendo, como tenemos en nuestras manos la llave de la producción, no hay como cerrarla hasta que una nivelación ante la común necesidad sea precursora de la concordia fundada sobre la fraternidad comunista.

*
* *

Hablemos ahora de huelgas.

He aquí en extracto el pensamiento, que merece ser conocido, de un huelgageneralista célebre, Briand, quien tras una hábil traición logró ser gran mandarín en Francia.

«La huelga general es buena y fecunda».

«La huelga parcial es nefasta, y aún cuando da resultados favorables, jamás compensan los sacrificios que cuesta. Termina casi siempre en la impotencia, porque los obreros comprometidos no se hallan nunca verdaderamente frente a los patrones aislados; los aislados de veras son los huelguistas, hasta cuando tienen la ayuda moral y material del proletariado, porque ¿qué representa ese apoyo comparado con el que encuentran los poderosos cerca de los poderes públicos? el patrón jamás está solo: tiene siempre consigo y para sí todos los medios de presión que posee su clase, el conjunto de las fuerzas sociales organizadas: magistratura, funcionarios y fuerza pública.

En tal situación los trabajadores conscientes se han elevado a la concepción de la huelga general.

Quando se invita a los trabajadores de un oficio a la formación de su sociedad a sindicato, y a los sindicatos que se federen entre sí, se concibe una extensa organización definitiva en que se hallarían representadas todas las fuerzas del trabajo: nadie piensa en una federación especial de un oficio, sino que se espera la

unión de esas federaciones en una Confederación General del Trabajo.

En todo sindicato puede surgir repentinamente un conflicto agudo entre el mismo y un patrón.

Admitida esta suposición, han de admitirse sus consecuencias.

Si en vez de dirigirnos a sindicatos en formación, nos dirigiéramos a los representantes de una Confederación general de todas las fuerzas organizadas del trabajo, después de haber expuesto las reivindicaciones obreras ante el patronato, cuando se adquiere la convicción de que éste permanece irreductible ante la legitimidad de dichas reivindicaciones, al surgir la penosa eventualidad de la huelga parcial, surgirá también lógicamente la eventualidad más temible, pero más fecunda de la huelga general, que, frente al patronato, levantará al proletariado entero.

Esta consideración no es un sueño utópico, es esencialmente práctica. Negarla es negar la solidaridad obrera o reducirla con sofismas a una pequeñez inútil; es estirar la lógica hasta el límite de ciertas preocupaciones.

Dígase más bien que el movimiento sindicalista no alcanzará jamás su completo desarrollo, que los trabajadores capacitados para asociarse y aún federarse en una federación local y aún nacional son incapaces de dar un paso más en el terreno federativo, lo cual no es admisible después de haber existido La Internacional y de haber formado enormes masas de obreros inmigrantes en todas las grandes ciudades del mundo.

La huelga general es la Revolución garantida contra las sorpresas políticas; no una revolución alrededor de falaces fórmulas, sino una revolución positiva. Por ella el proletariado conservará las posiciones conquistadas a que una organización previa, adecuada a la revolución misma, le haya permitido elevarse.

Se dirá que si la huelga general es la revolución, podría irse directamente a la revolución. También se repetirá el conocido argumento: la revolución no se decreta, no depende de la voluntad de los individuos, es el resultado de las circunstancias, el punto culminante de la evolución.

Claro es que si la revolución dependiera sólo de algunas buenas voluntades ya estaría hecha; pero admitiendo la preponderancia de la evolución, ha de reconocerse que la voluntad humana puede apresurar la marcha de la evolución y contribuir a la presentación de las circunstancias.

Antes podía excitarse al pueblo a la revolución, pero hoy las barricadas valen poca cosa ante las grandes avenidas, la táctica moderna y la perfección del armamento.

La revolución, lo mismo que las guerras modernas, depende de la movilización. Si hoy estallara una revolución en la forma antigua en París y sucesivamente en otras ciudades, con la facilidad de los transportes y un ejército movilizable, sería inmediatamente sofocada. Con la huelga general, no existe ese peligro, porque puede estallar simultáneamente en todos los puntos importantes y aún secundarios del territorio.

La huelga general tiene la ventaja de ser la práctica de un derecho; comienza en la legalidad. La ilegalidad suele provenir de la provocación burguesa y de la intervención autoritaria; sobre todo por el empleo de la fuerza pública; pero esta fuerza, que tiene los puntos flacos que han señalado los antimilitaristas, resulta insuficiente ante la extensión de la huelga general.

La huelga general tiene contra sí la opinión de los cándidos reformistas, que quieren alcanzar el ideal por la persuasión y por efecto de una serie de reformas, que engloban en lo que pomposamente denominan «la base múltiple», llegando algunos a esperar que la fuerza

de justicia y humanidad que nos asiste bastará para reducir pacíficamente a nuestros adversarios.

Sueñen cuanto quieran los de temperamento a propósito; casi nadie les hará caso. La tenacidad privilegiada, desdeñosa de la evolución, requiere el violento tirón de los desheredados. En general, la historia demuestra que el pueblo apenas ha tenido más que lo que ha podido tomar él mismo.

La fuerza única de la persuasión no basta, ni aún unida a la de las circunstancias, para dictar leyes a la burguesía. Más aún, dictadas esas leyes, ¿qué garantía habrá de cumplimiento si la sanción no reside en la fuerza revolucionaria permanente y continua del proletariado?

Además, la palabra revolución ya no asusta a la burguesía, porque prevé su resultado, consistente en una de estas dos cosas: o vence el gobierno y somete al pueblo, o vence un partido político popular y engaña al pueblo; en ambos casos queda subsistente la apropiación capitalista con ese artículo del código, que supone que todas las obras, siembras y plantaciones son hechas por el propietario, y el derecho de accesión, que despoja al jornalero del fruto de su trabajo.

Con la huelga general sucede todo lo contrario, porque para la sociedad capitalista es lo desconocido, y ante lo desconocido, ante el salto en el vacío, tiembla, y es necesario el empujón violento, tal como puede darlo y lo dará el pueblo, el proletariado, organizado, consciente y fuerte.
